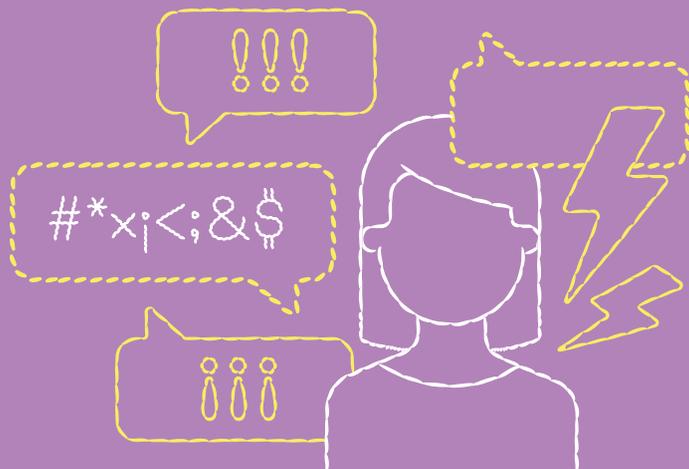


Candy Rodríguez

Contra los ataques: me disfracé de machitroll*



* Este texto fue originalmente publicado en el portal *GenderIT. Análisis feminista de las políticas de internet* el 06 de junio de 2019. <https://www.genderit.org/es/feminist-talk/edicion-especial-contra-los-ataques-me-disfrace-de-machitroll>. Circula bajo una licencia CC Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Y a había presenciado diversos ataques a amigas, conocidas, e incluso activistas que defienden el derecho a navegar seguras en internet. Cuando los ves como una “acompañante” sientes mucha frustración, coraje e incluso miedo de saber y ver cómo afecta esta violencia en el cuerpo y en la mente de las otras.

Una cree –en el imaginario– que no te va a pasar a ti porque has tomado las medidas necesarias para no ser la próxima pero la realidad es que todas las mujeres, en cualquier parte del mundo estamos expuestas a ser la siguiente.

Aparte, me choca esa idea, esa... de que una tenga que tomar medidas para no ser “la siguiente”. Siempre las mujeres vamos a tener la culpa: que si una manda nudes, que si no las mandó, que si te tomaste una foto con mucho escote, que por qué andas dando tu número, que por qué no usaste una contraseña de 16 caracteres con mayúsculas, minúsculas y números... que por qué no tuviste cuidado con lo que publicaste en Facebook, como dicen... para nosotras la culpa y para ellos la disculpa.

Yo siempre admiro a las mujeres que idean formas de autodefensa, pienso cómo se les pudo ocurrir o hacer tal o cual cosa. Me llegan a la cabeza las compañeras de Comando Colibrí ([link is external](#)) cuando dicen “pues ellos se confían porque me ven chiquita, pero en lo que la piensan

ya les metí dos o tres madrazos” o las compañeras de las Autodefensas Hackfeministas ([link is external](#)) con su –muy sabia frase– de “darle asco al asqueroso” en una situación de acoso callejero. Alguna vez nos dijeron que nos sacaramos los mocos o nos rascaramos las axilas para romperles su “ideal” de la mujer que estaban observando. Esas acciones nos darían tiempo para correr o salir de las situaciones.

Esas formas de apropiarse del espacio físico me parecen de heroínas, más en un país, como este, en el que 9 mujeres son asesinadas al día y más del 40% han sufrido alguna forma de violencia.

Haciendo frente a agresiones y violencias

Hice caso a esos consejos y sin querer los aplique en un ambiente digital. En septiembre del año pasado, el día de la inauguración de La Chinampa Hacklab sufrí un ataque digital. Con el tiempo estuve reflexionando y caí en cuenta de que esa agresión pudo ser orquestada por alguien que me conocía y quería hacerme sentir miedo, como una forma de demostrar su poder sobre mí.

Esa semana había sido difícil. Acabábamos de inaugurar un proyecto en el que habíamos trabajado más de ocho meses y estaba en puerta una convocatoria que era importante. Tenía muchos lugares en los cuales

«...la realidad es que todas las mujeres, en cualquier parte del mundo estamos expuestas a ser la siguiente»

estar fuera de casa todo el día, poco crédito para mandar mensajes y tenía que contestar la postulaciones de una convocatoria que era URGENTE.

Pensé que las cosas no podrían escalar y publiqué en grupos feministas de Facebook un flyer con mi número telefónico para que se comunicaran conmigo y fuera rápido. ERROR FATAL. Esta acción me llevó a entrar en la estadística: ahora soy parte de las 9 millones de mujeres que en México han sufrido algún tipo de ciberacoso.

El viernes 5 de septiembre por la noche me llegó una ola de mensajes a través WhatsApp.

Alrededor de 25 a 30 mensajes de números distintos, los primeros 5 fueron amigables, preguntaban: ¿cómo estaba?, ¿cómo me llamaba? Se refirieron a mí como “Nueva”, les contesté que yo no era esa persona, pidieron disculpa y se despidieron.

Los siguientes se tornaron más obscenos y me causaron mucho miedo. Me pidieron que les mandara fotos, me preguntaban si la quería pasar bien a través de la cámara web, me empezaron a marcar de manera directa y a través de la aplicación de

WhatsApp me preguntaban si estaba en casa.

La verdad es que no me pude contener y me dió una crisis nerviosa. Me puse a llorar porque no sabía qué hacer, porque tenía miedo que estuvieran afuera de mi casa, me sentía observada y en parte sentía coraje porque se supone que yo sé mantener estas cosas, que ya aprendí a cómo asimilarlo y debía estar tranquila; sin embargo, no pude.

Descubrir pactos patriarcales para hacer frente al acoso

Lo primero que se me ocurrió fue llamar a una amiga de la que he aprendido mucho sobre seguridad digital. Me tranquilizó, me dió recomendaciones de cómo colocarme dentro de mi casa, de revisar si tenía el número vinculado a alguna cuenta –cuestiones de seguridad– y sobre todo me ayudó a ¡CALMARME! Y sí, lo logré.

Respiré hondo y me acordé de las compañeras de las Autodefensas Hackfeministas. Pensé en todas esas cosas que nos cuestionaron alguna vez. ¿Cómo evadimos el acoso? ¿Cómo

podemos escapar y ganar tiempo en situaciones que nos hacen sentir vulnerables?

En ese instante lo que se me ocurrió fue VESTIRME DE HOMBRE -me imagine a un hombre heterosexual y cis.

Quitó mi foto de perfil, quitó mi nombre, en mi imaginario heteronormado pensé: ¿Qué es masculino? ¡Un Iron Man!, ¡claro! Puse la foto de Iron Man y comencé a hacerle la platica a alguno de los chicos que me escribieron en un inicio y fueron tranquilos. Le dije soy HOMBRE y no sé cómo tienes mi número. Uno de tantos, me explicó que mi número lo habían rolando en un chat de cybersex en la página chats.com. Todavía MÁS amable y reafirmando el pacto patriarcal entre hombres me pasó una captura de pantalla del chat (aunque me dijo que estaba desde la lap y era un poco difícil). Es decir, se tomó la molestia de sacar su cel y tomar una fotografía de la pantalla.

Comencé a responderles a todos de unas formas muy agresivas, muy “MASCULINAS”, obvio dentro de esta masculinidad tóxica que nos agrede y nos violenta. Mi respues-

tas fueron muy sexuales. A todos les cuestioné si querían que los cogiera.

Al saberme HOMBRE cambiaron su actitud. Algunos fueron amables, otros me reprocharon y me reclamaron el por qué les había mentado, por qué les dije que era mujer cuando era una transexual, una marica, o alguna de esas personas a las que les tienen tanto “miedo” y “repulsión”. Los pobres sintieron un nivel terrible de homofobia y decepción.

Otros tantos me dijeron cosas como: “Ay, wey, lo siento, tu número lo están rolando.”, “Cabro, tu novio gay se está vengando”. Uno, particularmente morboso al decirle que era hombre y que me lo iba a coger me reclamó el por qué le había mentado, no obstante concluyó diciéndome: “perdón, pero quiero que sepas que tu número está en un chat de sexo en internet”. Otro me dijo: “Yo no hablo con gays”. Machitrolles misóginos, transfóbicos y homofóbicos.

En inicio me sentí enojada, muy enojada por las alianzas que pueden generar entre ellos sin conocerse. Eres hombre, te ayudo, te explico y hasta podemos ser amigos -propuesta de uno de los tantos-. Eres mujer:

«¿Cómo evadimos el acoso?
¿Cómo podemos escapar y ganar
tiempo en situaciones que nos
hacen sentir vulnerables?»

“mamita rica”, “puta por qué andas dando tu número”.

Con el tiempo me di cuenta de que esta fue una excelente estrategia para combatir el ciberacoso, me hizo sentir muy fuerte, y escapé de esa situación que en otras circunstancias me hubiera llevado a la paranoia.

Aprendiendo de experiencias difíciles

Son pocas las veces que he compartido esta experiencia, pero siempre que lo hago nos reímos mucho, nos ha hecho sentir aliviadas, muy divertidas, la hemos propuesto como una forma de autodefensa en el ciberespacio, y a mí me ha ayudado a entender que no está mal ser grosera, que no tenemos que ser amables con las personas que nos agreden y que no debemos tolerar nada.

Claro, después da risa. Pero el ciberacoso no es de risa porque el daño que te provocan repercute en el cuerpo. Las agresiones digitales son tan reales como las físicas, no debe-

mos tomarlo a la ligera y sobre todo debemos tener muy claro que nunca es nuestra culpa. No es nuestra culpa que nos acosen, que nos vigilen o que nos agredan porque nosotras tenemos derecho a sentirnos tranquilas al habitar cualquier espacio.

Nuestro cuerpo-máquina no es ni debe ser inofensivo en ningún momento. Es válido ser furiosas e idearnos estrategias que cuestionen, que pongan inofensivos a los machitrolles, que los hagan sentir vulnerables. Como dicen un montón de compañeras feministas, el miedo va a cambiar de bando.

Vamos a seguir organizándonos y a generar estrategias de autodefensa colectiva, porque solo así, juntitas y en manada vamos a lograr erradicar la violencia machista.



Este testimonio fue compartido en el marco del taller “Akellarre contra los machitrolles: Taller de respuestas creativas a la violencia de género en línea” en Santiago de Chile.

Candy Rodríguez

Periodista por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, co fundadora de Colectiva Insubordinadas y La Chinampa Hacklab. Integrante de acoso.online. Investiga sobre violencia digital contra las mujeres, seguridad digital y derechos humanos. Es amante de la bici y de las plantas.